

el mas mínimo de sus siervos; con qué ojos, pues, no habrá de mirar lo que se haga por aquellas almas santas que son esposas suyas, y que, por decirlo así, han de componer eternamente su corte.

SAN RAIMUNDO,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE CALATRAVA.

El venerable abad Raimundo, honor de España, gloria de la reforma del Cister, y esclarecido fundador del orden militar de Calatrava, nació, segun la opinion mas autorizada, en la ciudad de Tarazona, sita en el reino de Aragon, aunque algunos le creen originario de San Gaudencio, en el condado de Combena en Francia, y otros de Tarragona en Cataluña; todos con el santo deseo de honrar su patria, haciendo suyo un héroe tan recomendable y sobresaliente en la historia de la Iglesia. Dios, que en los profundos secretos de su providencia le habia elegido para cosas grandes, le adornó á proporcion con las singulares disposiciones de naturaleza y gracia que mas conducian á ejecutar tan altos designios. Criáronle sus nobles padres con el mayor cuidado en la piedad y religion cristiana; pero su bello natural é inclinacion á la virtud, les dejó poco que hacer para ver cumplidas sus santas intenciones. Ya en la puericia era Raimundo ejemplar en las costumbres, moderado en el hablar, grave en las palabras, modesto en las acciones, y extremado en todos los ejercicios de piedad.

Aplicado al estudio de las letras, como estaba dotado de un ingenio sólido y perspicaz, hizo notables progresos en las ciencias, y no menores en la virtud. Concluida esta carrera, fué provisto en uno de los canonicatos de la santa iglesia de Tarazona, en cuyo

puesto se hizo admirar de todos por su vida ejemplar, inocencia de costumbres, puntual asistencia á los divinos officios, y por el extremado amor que profesaba al retiro. Pero como Dios le llamaba á un estado de perfeccion mas sublime, siguiendo nuestro santo este superior impulso, se ausentó como otro Abrahan de su patria, padres y parientes, y se retiró al desierto con el único fin de atender precisamente al negocio importante de su salvacion. Oyó hablar con grande elogio de la reforma del Cister, que habia fundado el venerable Roberto, abad de Molesme, la cual brillaba como estrella matutina en el firmamento de la Iglesia, iluminando al orbe con los vivísimos rayos de su santidad. Inmediatamente se resolvió á abrazarla, entrando en el célebre monasterio llamado Escala Dei, situado en la Gascuña. Allí profesó el nuevo instituto con tanto fervor, que la severidad de las mortificaciones, el desapego del mundo, el espíritu de recogimiento, su ciega obediencia, su tierna devocion, y su profunda humildad le llevaron muy en breve á la cumbre de la perfeccion religiosa.

Solicitaban los venerables religiosos maestros de la reforma del Cister, ampliar el célebre instituto cuanto fuese posible, y llevarlo por toda la tierra, á fin de que hasta en los yermos y soledades mas apartadas del comercio humano se tributasen á Dios sacrificios de alabanza con cánticos é himnos espirituales. El abad del monasterio de Escala Dei, varon altamente esclarecido en religion y piedad, quiso dar valor al excelente proyecto, haciendo que tuviera una muy pronta y diligentísima ejecucion, y para ello envió al reino de Navarra á cierto monje de conocida virtud, llamado Durando, en clase de superior ó abad, con nuestro santo, intimo amigo suyo, y otros religiosos de aquella comunidad, que diesen principio á la santa empresa. Entró esta agraciada

ejemplar comitiva en aquel reino, é internándose por sus ásperos desiertos, llegó hasta el monte *Yerga*, donde con permiso de Alfonso el VII, llamado comunmente el Emperador, comenzaron á levantar un edificio para establecerse, convirtiendo en iglesia una pequeña ermita, situada en la cumbre, en la que se veía una imágen de la Virgen, muy venerada en toda aquella comarca. No se tardó mucho tiempo en experimentar que lo fragoso del terreno, y otras incomodidades que presentaba su desproporcionada situacion, no eran convenientes para fijar allí el establecimiento; por lo que, abandonando aquel sitio, se trasladaron á un valle inmediato cerca de *Nienzabas*, poblacion casi destruida por los Arabes, de la que también les hizo donacion el mismo emperador Alfonso en el año de 1140, en prueba del singular afecto que tenía á la reforma.

Fundaron aquí un monasterio; y muerto Durando despues de haber ejercido por algun tiempo el oficio de superior, todos los monjes eligieron de comun acuerdo á Raimundo, persuadidos de que con su eminente virtud y consumada prudencia no solo conservaria la estrecha regular observancia de la nueva reforma, sino que sostendria con constancia y zelo el santo proyecto y le haria extenderse y dilatarse. La insalubridad de este sitio les precisó de nuevo á buscar otra residencia, y pasaron á Castejon; y de allí á los dos años á la heredad de Fitero, que les cedió D. Pedro Tizon, abuelo del arzobispo D. Rodrigo. Con auxilio suyo se principió á edificar aquí el magnifico monasterio de Santa María de Fitero, que enriquecieron profusamente con cuantiosas donaciones los reyes y próceres del reino, atraídos del buen orden y observancia que introdujo en él la santidad de Raimundo. Su elevado espíritu y su ardor y zelo apostólico no podían estrecharse dentro de los reducidos muros del

monasterio; y habiéndole dotado Dios de una singular elocuencia y de extraordinarios talentos para la predicacion de la palabra divina, salia frecuentemente á ilustrar con su luz toda aquella region, en la que hizo prodigiosas conversiones, separó á no pocos de los peligros del siglo, y los llevó á servir á Dios en el retiro del claustro.

Murió por entonces el emperador Alfonso, señalado héroe del cristianismo, que, peleando siempre en las batallas del Señor, había abatido el orgullo de los Agarenos en España. Ganóles este magnánimo rey la villa y fortaleza de Calatrava en el año de 1147; y para defenderla y conservarla, como plaza de mucha consecuencia é importancia, la cedió á los caballeros Templarios, que la sostuvieron intrépidamente el espacio de diez años con su acostumbrado valor y brio. Pero como se viese luego embestida de un poderoso ejército que trajo de África Miramamolín, estos caballeros, que se conocían inferiores á fuerzas tan numerosas, hicieron entrega de la plaza al rey don Sancho el Deseado, hijo de Alfonso, que á la sazón se hallaba en cortes en Toledo. Sintió en el alma el esforzado Sancho la intempestiva renuncia de aquel presidio, por hallarse precisamente en guerra contra su hermano Fernando de Leon, y estar ocupado por otra parte en sosegar los tumultos del reino. En tal conflicto, hizo publicar que si alguna persona poderosa quisiese defender la plaza de Calatrava, se la cedería con todos sus términos, castillos y fortalezas. Mas, como una confederacion tan notoriamente valerosa cual era la de los caballeros Templarios se había retirado de sostenerla, á causa del inminente peligro en que se veían, ninguno se atrevió á encargarse de tan difícil empresa.

Hallábase por este tiempo en Toledo el venerable abad Raimundo en solicitud de la confirmacion de los

privilegios concedidos á su monasterio. Para prosperar en su comision, habia traido consigo á uno de sus monjes, llamado don Diego Velazquez, natural de Bureba, cerca de Burgos, muy estimado del rey por haberlo sido del emperador su padre, á quien sirvió con distincion en el ejército haciendo prodigios de valor, y con quien antes y despues de monje consultaba muchos negocios de gravedad é importancia á la corona, bajo el concepto de su conocida virtud, acreditada experiencia y prudencia consumada.

Este valeroso héroe, acostumbrado tantas veces á vencer el orgullo de los enemigos de la Religion, no pudo sufrir el nuevo ponderado insulto que tanto intimidaba á la nobleza de España; y renovando su antiguo aliento, igualmente que encendido en un santo zelo, persuadió al abad Raimundo que pidiese al rey la fortaleza de Calatrava para defenderla, ofreciéndose animoso á estar siempre á su lado en todo trance, y asistirle con su consejo y con sus fuerzas. Oyó no ingratemente el venerable prelado la proposicion, y retirándose á consultar con el Señor de los ejércitos el suceso de ella por medio de la oracion, que era el recurso ordinario en todas sus expediciones y empresas, se levantó despues de largo rato tan lleno de espíritu, de valentia é intrepidez sagrada, que inmediatamente pasó con Velazquez á hacer la súplica al rey. No es fácil explicar el gozo que concibió Sancho al ver la ardorosa resolucion de ambos; y como no dudaba de la virtud y valimiento del abad de Fitero, aunque no faltaron algunos cobardes aduladores que censuraron de temeraria y arrojada la oferta, con aprobacion general de las cortes, le cedió Calatrava segun su anterior promesa; cuya donacion se formalizó por escritura pública en Almazan, por el mes de enero de 1153.

La voz que generalmente se habia esparcido de que

Raimundo mandaba y tenia á su cargo una expedicion tan importante, llenó de júbilo á todo el reino: recibieronla con extremado contento los próceres y gente notable, tanto, que disponiéndose á la empresa el esforzado abad, no quedó alguno que no le ayudase contribuyendo con soldados, armas, caballos y dinero. El arzobispo don Rodrigo, distinguiéndose entre todos, además de los crecidos caudales y refuerzos con que le surtió, hizo publicar repetidas indulgencias en favor de los que se alistasen en sus banderas. Con estos auxilios y los eficaces arbitrios de que se valió en Fitero, juntó un ejército de veinte mil combatientes de grande valor, animosos y esforzados, que parecia, segun el alborozo y entereza de espíritu con que caminaban, iban mucho mas ciertamente á cantar la victoria, que á arriesgarse á una batalla; y así lo esperaban conseguir bajo la conducta de un jefe cuya santidad con tan visibles prodigios habia acreditado el cielo. Dirigióse á Calatrava á la frente de estas tropas, y luego que se presentó en la villa, mudaron de semblante todas las cosas: consoló á los afligidos habitantes, los alentó en su consternacion, fortaleció la plaza de todos modos, y rechazó á los Arabes con tanta valentia, que les hizo perder las esperanzas de conquistarla. No contento con esto, figurándose no ser triunfo resistir al enemigo dentro de murallas, esforzando á los soldados con exhortaciones piadosas, armado de todas armas, hizo una salida de la plaza, atacó á los enemigos en sus mismas trincheras, los venció, los derrotó y los arrojó hasta de sus mas inexpugnables fuertes.

Divulgada por toda España la fama de este esclarecido héroe, elegido de Dios para deshacer el oprobio de su pueblo; admirados universalmente de sus gloriosas hazañas, y de que un pobre monje fuese el terror de unos enemigos tan irreconciliables de la

religion cristiana como temibles por el número y por la ferocidad; siendo mas prodigioso todavia haber conseguido tan completas y esclarecidas victorias mas por efecto de sus fervorosas oraciones, vigiliass y penitencias, que por el valor y el poder de las armas; se encendieron no pocos personajes en vivissimos deseos de militar bajo la conducta de este nuevo caudillo del Señor, para participar de sus triunfos.

Creciendo prodigiosamente el número de estos concurrentes, y conociendo Raimundo la sana intencion y fervor de ellos, con cierto modo maravilloso estableció en Calatrava dos clases de cuerpos regulares, ó congregaciones religiosas; una de la reforma del Cister, y otra de militares con las insignias del mismo órden, los cuales se llamaron en los principios hermanos conversos, porque apartándose del mundo, se habian convertido a Dios y dedicado á su servicio por todo el discurso de su vida; unos para que alabasen é hiciesen sacrificios al Señor en el coro y en los altares, y otros para que siguiesen la guerra contra los infieles; los primeros para implorar el auxilio de Dios por medio de la oracion, de la penitencia y de los ejercicios de piedad, y los segundos para que con estos auxilios prevaleciesen contra los enemigos de la fe; y consiguiesen con las armas victorias de todos ellos.

Dió á los conversos para su direccion y gobierno los mas sabios y prudentes reglamentos, en forma de estatutos y constituciones regulares, que merecieron despues ser aprobados y autorizados por la silla apostólica, por un breve de Alejandro III del año de 1164. Debíose asi á este como á otros muchos pontífices y reyes innumerables gracias, privilegios y exenciones, con que se dignaron honrar al nuevo religioso establecimiento, y á su santo fundador, quien lo erigió gloriosamente sobre la piedra angular, Jesucristo, por el ministerio de su piadosissimas acciones, sus virtudes

heroicas, su exactissima observancia en la religion, y su eminente é incomparable zelo por la honra de Dios. Tales fueron las primeras ideas y los dichosos principios en que aquel grande espíritu, aquella dignissima alma apoyó el inmortal edificio del sagrado y militar órden de caballeria de Calatrava, para honor, utilidad y seguridad del cristianismo en España, para distinguir y recompensar el heroismo de su nobleza, para realzar el decoro de la Iglesia de Jesucristo, y para dar esplendor y realce á los votos monásticos; monumentos inmortales, que representaran eternamente á la posteridad la memoria de san Raimundo.

Sosegadas algun tanto las fatigas de la guerra con la retirada de los Moros, se aplicó el santo abad á reparar la ruina y la desolacion en que habian quedado los campos de Calatrava con las incursiones de aquellos bárbaros enemigos. Con estas miras hizo venir de varias provincias de España, y especialmente del reino de Navarra, colonos hábiles que los cultivasen; con lo que, en poco tiempo vió florecer y volver á su primera gracia y bondad aquel pingüissimo terreno; y fueron creciendo tanto los dominios de aquella casa, que llegaron á ocupar el espacio de veinte y ocho leguas, desde las Navas de Tolosa hasta la villa de Orgaz, comprendiéndose en ellos varias ciudades y pueblos considerables.

Lleno así de coronas que le habian dado á ganar todos estos felices sucesos, pensando ya solo en si mismo, y en aprovechar el poco tiempo que le quedaba que vivir, atendidos sus muchos años, su extrema debilidad y las gravissimas tareas de su vida, quiso prepararse á la muerte y prevenir el último juicio. Con este objeto, dejando en Calatrava personas de su mayor confianza, capaces de seguir exactamente todas sus ideas, se retiró á un pueblo dentro de los límites de su dominio, llamado Ciruelos, donde abs-

traído enteramente de las impresiones y negocios del siglo, solo atento á las verdades eternas, pasó piadosa y devotamente el resto de sus dias en la oracion, en las vigiliass, y en el recogimiento de espíritu, siendo la admiracion y la edificacion de toda aquella comarca; hasta que, debilitada su naturaleza con el peso de los trabajos, con la rigidez de sus austeridades y asombrosa penitencia, pagó el comun tributo de todos los mortales, y pasó á gozar los premios eternos en el día 15 de marzo del año de 1163. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia del mismo pueblo con la posible pompa y magnificencia, habiéndose Dios servido acreditar su gloria con muchos milagros, que obró por la intercesion de su siervo.

En este lugar de su sepultura se mantuvo el venerable cadáver por espacio de muchos años, no obstante las vivas instancias, ruegos y solicitudes, tanto de los monjes del Cister, como de los caballeros de Calatrava, interesados todos con el mayor empeño en trasladarlo á sus respectivos monasterios, resistiendo siempre los naturales con increíble fuerza el ser despojados de aquel precioso tesoro. Ultimamente se decidió la acalorada disputa á pesar de estos, el año de 1468, en el que D. Luis Nuñez, canónigo de la santa iglesia de Toledo y arcediano de Madrid, trasladó los sagrados huesos de san Raimundo al convento de Monte Sion de la misma ciudad de Toledo, en virtud de bula especial que obtuvo para ello del papa Paulo II, y los colocó en una capilla propia suya, donde se conservaron con grande estima, culto y religion hasta el año de 1590, en que fray Marcos de Villalba, general que fué del orden, siendo abad de Fitero, por la grande devocion que profesaba al santo, y sin duda con superior permiso y facultad, trasladó las venerables reliquias á un suntuoso sepulcro que mandó labrar cerca del altar mayor, al lado de la

Epistola; con la siguiente inscripcion: *Aquí yace el Venerable Fray Raymundo, Monje de este Orden, primer Abad de Fitero, por quien Dios ha hecho muchos milagros, el qual, de licencia del Rey Don Sancho el Desseado, defendió á Calatrava de los Moros, é instituyó el Orden Militar de Calatrava. Murió el año de 1163. Traslado aquí 1590.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cesarea de Capadocia, la pasion de san Longino, soldado, el que dicen abrió con una lanza el costado de Jesucristo.

En el mismo dia, el tránsito de san Aristóbulo, discípulo de los apóstoles, el cual fué martirizado despues de haber acabado la carrera de su predicacion.

En Tesalónica, santa Matrona, esclava de una mujer judía, la cual, adorando ocultamente á Jesucristo, y acudiendo á la iglesia diariamente á escondidas, habiéndolo descubierto su ama, fué atormentada con diversos tormentos, y manteniéndose ella constante en confesar á Jesucristo, la molieron á palos hasta que entregó á Dios su inmaculado espíritu.

En el mismo dia, san Menigno, de oficio batanero, el cual fué martirizado en tiempo de Decio.

En Egipto, san Nicandro, mártir, el cual, recogiendo cuidadosamente las reliquias de los santos mártires, mereció serlo él tambien, en el imperio de Diocleciano.

En Córdoba, santa Leocricia, vírgen y mártir.

En Roma, el tránsito de san Zacarias, papa, el cual gobernó la Iglesia de Dios con suma vigilancia, y esclarecido en méritos, descansó en paz.

En Rieti, san Probo, mártir, al cual asistieron en la agonía los mártires Juvenal y Eleuterio.

En Roma, san Especioso, monje, cuya alma vió un hermano suyo volar al cielo.

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium Deus omnium conditor et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de vos: Que vivis y reinais...

La epistola es del cap. 14 del Apocalipsis.

In diebus illis: Audivi vocem de caelo, dicentem mihi: scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias, oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« El libro del Apocalipsis no es precisamente una » mera revelacion de Jesucristo escrita por san Juan » para manifestarla á la Iglesia; es tambien un com- » pendio de sus divinas máximas. Por eso dijo san » Jerónimo que en él se contiene la médula de los » misterios de la fe, y que toda alabanza es inferior á » su mérito. *Bienaventurado aquel que lee y oye las » palabras de esta profecia; esto es, el que se aprovecha » de lo que lee. »*

REFLEXIONES.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur: bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. ¡Qué poco

conocida es en el mundo esta verdad! ¡qué poco oído este lenguaje! Dichoso el que vive con esplendor y con abundancia; dichoso el que logra el favor del principe; dichoso aquel á quien el nacimiento ilustre, las prosperidades largas y no interrumpidas, la multitud de amigos poderosos, la abundancia de bienes y de riquezas, una fortuna siempre risueña, una salud robusta alimentada en los regalos, hacen un objeto de envidia á muchos, y un modelo de la felicidad humana. Esto es lo que piensa, y de esta manera habla el espíritu del mundo. Segun este sistema, mira con una especie de lástima á la virtud y á la modestia de los buenos; su muerte le parece deslucida y sin honor, y su vida una locura verdadera. Pero de muy diferente manera juzga y habla el Espíritu Santo. Dichosos los muertos que mueren en el Señor; dichosos los que no se dejaron deslumbrar de las falsas brillanteces del mundo, ni se embriagaron de sus perniciosos placeres; dichosos los que, gustando las máximas de Jesucristo y colocando toda su gloria en servirle, no pensaron mas que en agradarle; dichosos los que contando por poco ó reputando por nada todo lo que lisonjea, todo lo que encanta en el mundo, solo se dedicaron á fabricarse una fortuna mas sólida y mas estable, y solo se aplicaron á atesorar riquezas para el cielo, donde no hay polilla que consuma, ni gusano que roa, ni ladron que robe. Dichoso en fin, el que termina una vida inocente y cristiana con una santa muerte. Pregunto: ¿hay algun sofisma en este discurso? ¿hay mas brillantez que solidez en estos pensamientos? ¿Es por ventura una felicidad imaginaria, ó á lo menos poco durable, poco sólida, la de morir en el Señor con la muerte de los santos? Conócese que toda otra fortuna, que toda otra felicidad es quimérica. Pero ¿qué se concluye de todas estas verdades? ¿qué fruto se saca de estas reflexiones? Se alaba la prudencia

de los santos, se exalta la dicha de los santos, se envidia la felicidad de los santos; á esto se reduce todo. Y los que leyeren esto, ¿se contentarán con discurrir especulativamente de esta manera?

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cælo descendendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes : Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis : Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban pues entre sí los Judíos, y decían: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

MEDITACION.

DE LOS REMORDIMIENTOS DEL PECADOR Á LA HORA DE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aunque son crueles los espantos, y aunque sean agudísimos los dolores que se sienten á la hora de la muerte, ninguna cosa atormenta tanto al pecador como los vivísimos remordimientos que despedazan su conciencia en aquella hora.

Durante la vida, está la fe medio apagada en la mayor parte de los cristianos, especialmente en los disolutos. Créese; esto es, no se incurre en errores tales, que se merezca el nombre de infiel; pero se cree tan débil, tan lánguidamente, que apenas se merece el nombre de cristiano.

En la muerte todas las falsas preocupaciones se disipan, todas las vehementes pasiones se amortiguan; avivase la fe, y hace que se vean las verdades mas terribles con tanta claridad, que no es posible dudar de ellas. ¡Mas, ó mi Dios, qué remordimientos, qué espantos nacen de estas clarísimas luces!

Entonces se conoce, se palpa sensiblemente para qué fin nos crió Dios en este mundo. Dios solo, si, solo Dios debia ser el objeto de mi amor y de mi culto. ¡Qué dolor haber servido á todos los demás amos, haber amado todos los demás objetos, haber seguido todas las demás guías!

No me faltaron impulsos, no me faltaron motivos para cumplir con mi obligacion; mi misma razon me estaba dictando con la mayor claridad lo que debia hacer; hallaba la paz en mi buena conciencia; encontraba la quietud y mi propio interés en el cumplimiento de mis obligaciones. ¡Qué consuelo seria ahora el mio si hubiera pasado la vida en servicio de tan buen amo! ¡Ah, y cuántos eficaces movimientos, cuántas vivísimas inspiraciones tuve para hacerlo! Pero no me dió la gana de servirle; miré muy á sangre fria á mi Dios espirando por mi amor en una afrentosa cruz; todos sus beneficios no fueron bastantes á vencer mi indiferencia; no me dió gana de amarle: *ecce morior*, ¡y yo me muero!

¿Habia en el mundo cosa que pudiese entrar en competencia con un Dios? ¿Tenia yo por ventura dos amos á quien servir? Y dado caso que los tuviese, ¿á cuál de los dos debia dar la preferencia? Muy des-